

Citacione bibliografica: Anonym (García de Cañuelo, Luis; Pereira, Luis Marcelino) (Ed.): "Discurso LXXVII", in: *El Censor*, Vol.4\077 (1785), pp. sic-182, edito in: Ertler, Klaus-Dieter (Ed.): Gli "Spectators" nel contesto internazionale. Edizione digitale, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.379

Discurso LXXVII

Persona tragica cerebrum non habet.

Phaed. 1. VIII. 2.

La apariencia de hombre no es un hombre.

ES constante que no tenemos certeza metafísica de la existencia de los cuerpos. Todas las pruebas, todos los argumentos de que existen, son de su naturaleza falibles, ó capaces de engañarnos: aunque efectivamente no nos engañen.

Ni la cosa á la verdad puede ser de otra manera. Porque si la existencia de los cuerpos no es necesaria; si es contingente; es decir, si por mas que existan, y aunque hayan existido, y deban existir eternamente, siempre de suyo tienen la capacidad de no existir; siempre es concebible un tiempo en el qual no existan ¿cómo podría yo conocerlo así, sino conociendo que tal vez no existen ahora? ¿Y dónde ó por cuál otro medio puedo yo conocer que quizá no existen ahora, sino en la falibilidad de los argumentos que me demuestran su existencia? Efectivamente la razon y la experiencia me enseñan, que las sensaciones que en mí hacen los cuerpos; y que son los unicos argumentos que me prueban su existencia, pueden ser efectos de otra causa, y por consiguiente que es una cosa posible que no existan tales cuerpos.

Solo hay un sér contingente, ó que de suyo puede no existir, cuya existencia me es conocida por un argumento infalible. Este sér soy yo mismo. Todas las veces que pienso, estoy infaliblemente cierto de que existo. Pero esto no es sino porque mi pensamiento contiene en sí mi existencia. Mas bien que argumento prueba ó efecto de ella, es ella misma; pues que yo y mi pensamiento no somos sino un sér mismo. De este modo la percibo qual ella es; la percibo contingente, porque veo bien al mismo tiempo, que no está en mi poder conservarla ó prolongarla: que es lo mismo que criarla ó hacerla en cada momento, supuesto que mi existencia ó mi sér presente no es el que fue, ni el que será. Yo fui, yo seré; pero yo no soy antes, ni soy luego, sino ahora solamente.

¿Mas podemos formar idea de cómo podríamos percibir otra existencia que la nuestra propia, en ella misma? ¿Podemos formarla tampoco de otro medio de percibir la existencia que no es nuestra, que por los efectos que hacen en nosotros los demás seres? No sin duda. Y por lo tanto no podemos formar idea de otros medios de conocer la contingencia ó la necesidad de las cosas, que por la posibilidad ó imposibilidad de que estos efectos lo sean de otras causas: es decir, por la falibilidad, ó infalibilidad de los argumentos que nos prueban una verdad.

De aquí es, que como solo hay un sér necesario, no contingente, sin el poder ó capacidad de dexar de existir en ningun punto imaginable de tiempo ó de eternidad; asi solo hay un sér cuya existencia me es manifiesta por pruebas ó argumentos infalibles, ó que conozco, no solo que no me engañan, sino que son incapaces de engañarme.

Yo pienso; luego me es infaliblemente cierto que existo. Porque sino existiese, sería imposible que pensase. Yo existo; luego mi existencia tiene una causa. Esta causa no puede ser la nada; porque la nada no puede hacer cosa alguna. Será pues un sér. Este sér, ó seré yo mismo, ú otro sér distinto de mí. Que sea yo mismo, es imposible. Dice una manifiesta contradiccion, que yo haga, que yo conserve mi sér, y que sin embargo no sepa ó no conozca tal cosa. Nada significa para mí la palabra *yo*, sino significa aquello (sea lo que fuere) que en mí piensa; quiero decir, aquello que sabe, conoce, percibe, siente lo que en sí pasa. Asi que, tan imposible es que me conserve á mí mismo sin saberlo, como el que piense sin pensar; como el que me duela sin saber qué me duele; que me

acuerde sin saber que me acuerdo; que ame, que aborrezca, que desee, &c. sin saber que amo, que aborrezco, que deseo, &c. Luego no pertenece á esto que he llamado *yo*, este conservar ó criar en cada momento mi existencia. Luego es imposible no sea otro sér distinto de mí mismo el que me conserva ó me dá mi sér. Del mismo modo se demostraria que este sér que necesariamente existe si yo existo; existió y existirá eternamente, ya sea que exista yo, ya que no exista. Y tambien ya, que es imposible no sea poderoso, sabio, y bueno infinitamente ó sin limites algunos que podamos concebir. Y así, que este sér es Dios.

Pero volviendo á los cuerpos, puedo concebir muy bien que no existan. Porque no veo ninguna relacion necesaria entre mis sensaciones y su existencia. Por el contrario, no puedo concebir que ellos sean las causas verdaderas ó eficientes de mis sensaciones; y creo que son causas meramente ocasionales.

Mas si los cuerpos y todos los demás seres que no son Dios y yo mismo quando pienso, pueden no existir, ¿podremos dudar, si en efecto existen? No por cierto. Para dudar de una cosa se requieren pruebas ó argumentos de que sea falsa; y un simple *puede ser falsa*, no es argumento ni prueba de que lo sea. Los argumentos ó pruebas requeridos para dudar de una cosa, son los que arguyen ó indican ser verdadera otra cosa positiva, contraria de ella; pues entonces no pudiendo serlo ambas, no podemos determinar nuestro juicio por ninguna; y dudamos de cada una, si es ella la verdadera, ó la otra. Pues ahora ¿qué prueba, qué argumento, indicio, ó señal tenemos de que sea verdadera alguna cosa, la qual si lo es en efecto, sea entonces falsa la existencia de los cuerpos ú otros seres que todos creemos verdaderos? Ninguno absolutamente. Además de que Dios nos engañaria sin duda haciendonos creer invenciblemente la existencia de los cuerpos, y no dandonos otros medios de corregir este error; como efectivamente nos los da todas las veces que nuestras sensaciones nos hacen percibir estos ó los otros cuerpos particulares que no existen, ó nos los hacen percibir de otra manera de como son: errores que todo el mundo conoce, ó que puede facilmente conocer, si quiere usar de estos medios, y principalmente si le es importante conocerlos.

Mas todo esto no quita que sea una cosa igualmente manifiesta, que si los cuerpos pueden no existir, y si nuestras sensaciones siempre pueden engañarnos, como en una infinidad de ocasiones nos engañan; podemos dudar muy bien, si estos, ú aquellos cuerpos particulares existen, quando tenemos pruebas ó argumentos de que no existan. Y aun tal puede ser la fuerza de estos argumentos, que nos obliguen á creer que los tales cuerpos (y lo propio digo de otros cualesquiera seres que no sean Dios y yo mismo) no son en efecto otra cosa que puras ilusiones de nuestros sentidos, unos seres puramente ideales, meras chimeras.

Para no hablar de las ilusiones del sueño, de la pintura, de la optica, y de otras artes semejantes, que hacen parecer á mi vista, (el mas claro de todos mis sentidos) cosas que verdaderamente no existen ¿quántos objetos no me hacen percibir todas mis sensaciones juntas con toda la viveza de que son capaces, que no obstante es no solo dudoso, pero aun del todo increíble que sean lo que aparecen? ¿Quántos seres, por exemplo, que si lo son, y si yo he de dar fé á mis sentidos, son sin duda seres racionales, y que sin embargo me es imposible creer que lo sean? ¿Por qué un ser dotado de razon, que pasa todo su tiempo en la inaccion, ó en acciones que valen menos que la inaccion misma, al modo v. g. de estos que se tienen por la parte principal de la especie humana, no es verdaderamente una chimera?

Fixemos la consideracion en sus ocupaciones; ya que son ellos los que se creen hombres por excelencia, y se elevan tanto sobre el resto del genero humano como este sobre lo restante del universo. Dispartar por la mañana de un profundo letargo muchas horas despues que el Sol vivificó y puso en movimiento á toda la naturaleza: pasar un gran rato examinando con la prolixidad que pediria el negocio mas arduo, de que color convendrá mas vestirse en aquel dia: otro mayor, sentado en una silla mientras que otro sér, que tambien parece hombre, se ocupa muy seriamente en llenar de polvo y grasa su cabeza: irse luego á una lonja y emplear allí horas enteras en juzgar, si el tren de éste que pasa es de mejor gusto y mas rico que el del otro, en averiguar en donde estubo á noche fulana, con quién bailó citana, y quién la dió conversacion al oído, en disputar si Juan hace mejor boda que Pelayo, si este Duque está mas ó menos empeñado, tiene mas ó menos renta que aquel Conde, si el Estado de tal parte vá á ésta ó á la otra Casa, volverse despues á la suya, y hacerse servir con aparato y en simetría una porcion de manjares costosos, que no por eso le alimentarán mejor, ni harán mas robusto su cuerpo, y que en breve se confundirán unos con otros dentro de su estomago: formar luego la causa á un criado, porque dexó caer un plato ó una xicara: decretar la ruina de una familia á quien un mal año ú otra desgracia impidió satisfacer con tiempo una renta que no habia de servir para quitar el hambre á nadie; proponerse en seguida el importantísimo

problema, á saber, en donde perderé mas bien el resto de la tarde? gastar un par de horas en su resolucion: meterse luego entre quatro tablas para ir á dar quatro ó seis vueltas en el prado, ó á ver matar una docena de animales feroces: ocupar luego la mitad de la noche en disputar si fueron heridos dos dedos mas acá ó dos dedos mas allá de la nuca, despues de haberse informado si los Chorizos han dado cuchillada á los Polacos, ó al contrario, y la otra mitad en adivinar, si es la bola señalada con el numero 30. ó la marcada con el 40. la que vá á salir de un bolson, ó si su compañero estará ó no fallo á copas ó bastos cenar en fin y echarse en cama hasta el otro dia: y esto mismo repetirlo, como su giro la mano de un reloj, mañana, pasado, y el otro dia por una larga série de años; ¿son estas funciones para las quales se haya Dios tomado la pena (permitaseme esta expresion aunque impropia) de formar una criatura racional? *Magna otia Coeli*. ¿Qué ventajas llevan estas á las acciones de los animales brutos? O por mejor decir, ¿quál es el bruto cuyo modo de obrar no sea infinitamente superior á éste?

Ninguno hay entre ellos que no se ocupe constantemente en conservar y perfeccionar las facultades que recibió de la naturaleza. Busca cada uno el alimento mas análogo á su temperamento: obra del modo mas conveniente para acrecentar su fuerza, ó su agilidad, ó aquella prenda que mas conduce á su conservacion, y á la perfeccion de que es capaz; tiene en fin la manera de vivir mas conforme al destino que el Criador le ha dado; y si sus cuidados se dirigen todos á su cuerpo, es porque á éste está reducido todo su sér. No descuidan de ninguna de las partes que le constituyen; y la atencion que cada una de ellas les lleva, es proporcionada á su importancia. Pero las operaciones que acabo de describir, y otras semejantes á ellas ¿en qué manera pueden conducir á la perfeccion de las facultades de un espíritu, parte principalísima de una criatura racional, y que debe llevar su primera atencion? Aún no conducen á perfeccionar las de un cuerpo; y lexos de esto, son propias solamente para entorpecerle, debilitarle, y destruirle.

El animal mas estúpido; el insecto que parece mas despreciable tiene una cierta prevision para proveerse en tiempo de todo aquello que puede exigir en adelante su conservacion. Acopia en el verano la hormiga el grano, la miel la abeja, que ha de necesitar en el invierno, en que la naturaleza la imposibilita de buscarla. Y si hay algunos que no parecen atender jamás sino al momento presente, es porque conservan siempre la aptitud de procurarse á cada hora lo que han menester. Pero una criatura racional es hecha sin duda para durar eternamente; y su suerte en la eternidad es preciso que dependa del uso que hace de sus facultades en los primeros tiempos de su existencia. ¿Cómo será pues creible que sea racional un ente, en cuyas acciones no se advierte la menor relacion con esta existencia futura, y que obra en todo como si á cada instante hubiese de ser aniquilado? Aún me es sumamente dudoso que sea animal. ¿Un sér racional, que es sin duda el lazo que une al mundo material con el espiritual: el centro de todas las criaturas que le rodéan: su ministro é intérprete destinado á rendir por ellas al Criador el tributo de alabanzas que le deben, y sacerdote consiguientemente nato del Altísimo en el universo que es su templo: un sér que por la excelencia de su naturaleza puede llamar al mismo Dios su Padre, y á los Angeles, Arcangeles, y Espíritus de la mas alta gerarquía, sus hermanos; y este sér de tan elevada dignidad complacerse en ocupaciones tan frívolas y tan inferiores á las de los brutos: no avergonzarse de ellas: no levantar jamás su espíritu al Autor de su existencia: ser un espectador indiferente é insensible del Universo: y no usar sino para la satisfaccion de sus sentidos de las admirables obras en las quales se le está á todas horas manifestando: no convertir siquiera hácia sí mismo sus ojos, para conocerse y preguntarse quien es? quién le hizo? y para qué destino? ¿puede la razon humana concebir una monstruosidad tan absurda? No; vuelvo á decirlo, y lo diré mil veces, no puedo creer que muchos de esos que me parecen seres racionales en los quales son tantas y tales las contradicciones que veo, no sean puramente unos seres ideales; ó quando mas unos seres animales, aunque los mas imperfectos de los meramente tales.